

---

# La soledad de las cajas negras



*Alberto Zurrón*

2012

---

Autor: Alberto Zurrón  
Edición: Ojo x hoja Editora  
Impresión: HiFer Artes Gráficas - [www.hifer.com](http://www.hifer.com)  
ISBN: 978-84-615-0955-3  
Dep. Legal: AS-01882-2012



[www.elsastredeloslibros.es](http://www.elsastredeloslibros.es)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© El Copyright y todos los demás derechos son propiedad del autor y está debidamente registrado en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias.

“La mayoría de las personas piensa que los gatos son seres indolentes que se pasan el día tendidos al sol, sin preocupaciones, pero nuestra vida no es tan bucólica. Somos seres humildes, impotentes y frágiles. No tenemos caparazón como las tortugas, ni alas como los pájaros. No podemos ocultarnos bajo tierra como los topos, ni cambiar de color como los camaleones. El mundo desconoce cuántos gatos son maltratados día tras día y cuántos tienen una muerte miserable. Yo he tenido la suerte de ir a parar al cálido hogar de los Tanabe; allí los niños me miman, no me falta de nada, pero, no obstante, mi vida no siempre es fácil. Por eso pienso que para un gato callejero la lucha por la supervivencia debe de ser muy dura”.

*(Kafka en la orilla, Haruki Murakami).*

A nuestro gato *Kafka*,  
porque no siempre los grandes luchadores  
vencen las más difíciles batallas.

A nuestra hija Olympia,  
que lo despidió desde la otra orilla.

A mis padres,  
por lo mucho que me costará despedirme de ellos.

Y a ti, por supuesto,  
porque ya fue suficiente habernos despedido una vez.

Mi nombre es Siegfried Georg Mählmann, tengo cincuenta y cinco años y éstas son las primeras palabras de una historia que bien podría llamarse de amor. Hasta hace cuatro meses yo apenas era nadie, tan sólo un nombre compuesto en el listín telefónico y descompuesto en la lista de espera para una biopsia de confirmación en el Hospital Sant Pau de Barcelona, un número de expediente en el Juzgado de Familia, un número de cuenta bancaria consagrada al reparto mensual de dividendos por orden de un juez, un dígito apagado, un consumado médico forense en materia de horas muertas. Hablando de esto, la vida se apagó en mi madre hace cuarenta y ocho años, pero antes tuvo la decencia de llamarme Siegfried porque lo vio escrito en el reverso de un disco de mi abuelo que al parecer sólo puso un domingo por la tarde para celebrar la entrada en Varsovia de las tropas alemanas. Mi padre aún vive. Es otro número en la corte de clases pasivas alemanas. Puesto de frente impresiona como una cariátide del Erecteión, pero de perfil se le escurre cualquier atributo epónimo que se le intente colgar. Cada mes me envía un par de fotografías desde Dresde, junto con una carta de trazo débil que parece escrita sobre un terrario más que sobre una mesa. Aquéllas se las hace su compañera, Gertrud, casi siempre movidas, anormalmente desenfocadas, unas veces con un perro entre los brazos, otras, las más, mecido él en los brazos de una tristeza que le tiene dormido por dentro desde que mi madre dejó de llamarme Siegfried. Sus cartas son de pliego único y en ellas me habla del tiempo según la estación y del precio de la cesta de la compra según el tipo de régimen que los médicos le disputan desde su segundo infarto, hace ahora un año y medio. Apenas escucho su voz, cada cuatro o cinco meses a lo sumo. Le gusta acopiar acontecimientos triviales para telefonearme desde su habitación y derrocharlos en un alemán poco inteligente o en un español poco inteligible, susurrando como colofón la misma confidencia de siempre procurando que Gertrud no le oiga, Veo a tu madre por todas partes. Mi madre, siempre mi madre, haciendo pie en cada uno de sus ventrículos, impidiéndole respirar, impidiéndole hacer pie a él en cualquier otro ventrículo que no sea el sofoco de recordarla. Quizás por eso Gertrud saque siempre sus fotos torcidas.

Mi infancia la pasé en Rabedeul, un pueblecito situado a medio camino entre Dresde y Meissen. De él apenas recuerdo nada: una extensión de viñedos, alguna enfermedad que me tuvo encamado, la agonía de un gato cuyo nombre creo que empezaba por E. Poco más. La adolescencia me sorprendió en la Baja Sajonia, y con veintitantos años me vine a España con el fin de trabajar en centrales eléctricas, recién finalizada la dictadura española, como también mi carrera de ingeniería electrónica. Mi padre era inventor. Ideaba ingenios. Encargaba la fabricación de piezas, montaba él mismo los mecanismos y los cargábamos con la ayuda de algún vecino en dos furgonetas con las que *Vater* había agotado prácticamente todos sus ahorros. En Rabedeul vivimos permanentemente hospedados en la casa de mi tío Franz, soltero, dedicado a la elaboración de confitura hasta que se decidió a acompañar a su hermano en su periplo panaceico de barbero medieval. Llegábamos a los pueblos espantando los perros a bocinazos, callejeábamos hasta dar con la plaza central y allí descargábamos un ejemplar de cada ingenio poniendo melodías tirolesas en un tocadiscos que rayaba a pleno pulmón. Después alineábamos estratégicamente los aparatos para que todos ellos fueran examinados, apreciados, adquiridos. Mi tío no se atrevía a hablar, así que era mi padre el que explicaba en un chorro de voz mágicamente impostada que eso es una máquina para parchear los neumáticos sin sacar la rueda, aquello un calendario para ciegos con cincuenta y dos dispositivos donde usted, aunque no sea ciego, puede grabar su voz y recordar sus compromisos cada semana del año, aquello un aspirador de compartimentos inteligente y aquello un atril para mancos que le pasa las hojas del libro con sólo pisar este pedal. Casi nunca nos compraban nada, pero al menos nos miraban con curiosidad, algunos incluso con admiración, y eso para mí era importante, pero no para mi padre y mi tío, que comían más de la compasiva generosidad de los que no compraban que de las ganancias de los que sí lo hacían.

En uno de aquellos pueblos estuve a punto de enamorarme por primera vez. Tenía doce años. De la muchacha sólo recuerdo que tenía las piernas algo torcidas y debía apoyarse en mi brazo para caminar. Me llevó a la parte alta del pueblo, a una loma donde había un banco de piedra, junto a un pequeño campanario derruido. No sé qué hacíamos allí. Opté por quedarme callado hasta que ella se arrancó con la pregunta que quizás llevaba esperado infructuosamente de mis labios: <<¿qué es para ti el amor?>>. Yo la miré boquiabierto, intentando escoger de entre todas las respuestas posibles la menos irracional, pero ella se me adelantó azorada: <<no lo pienses tanto, es..., ¡es como volar!>>. En alemán sonaba incluso escalofriante: *Denk nicht so viel daruber nach, es ist..., ist wie fliegen!*. Creo que la estupidez de la expresión se me acentuó. Miré a la muchacha largo rato y, de

repente, estallando en carcajadas, desplegué los brazos y sin dejar de reír eché a volar loma abajo en esas mayúsculas hasta llegar a los ingenios de mi padre; me empapizaba la emoción por haber recibido la primera lección de cursilería. Posiblemente era la primera vez que reía en mi vida. Pero el amor, el verdadero amor tardó mucho tiempo en llegar y se rió de mí como yo lo había hecho de aquella muchacha patizamba. Llegó hace cuatro meses y, ahora, desde el lugar más solitario del mundo, doy gracias por cada uno de sus minutos vividos. Ni mi padre con todos sus armatostes juntos hubiera podido superar el instinto de creador, de dios, de conciencia que cada uno de estos minutos me procuró, porque descubrí la forma de amor más insoportable: la adicción.

Todo empezó una tarde de lluvia y periódicos desparramados por el suelo, abiertos por la sección de pasatiempos y cerrados por la de ofertas de empleo. Los crucigramas eran casi indecorosos de la facilidad con que se resolvían: “casilla de dos letras para las tablas que el dios mesopotámico de Uruk llevaba colgadas del cuello”. Qué iba a ser nada más que los . “Cinco letras para la hornacina vacía donde el arte islámico representa a Alá”. Vaya, hasta un niño podría saberlo, y anotaba en horizontal, y cruzando en vertical por la erre el nombre en latín para las primeras ediciones, , y tantas otras palabras aprendidas en mis cinco años de formación universitaria en Baviera que hicieron de mí el hombre sin atributos, preparado para saber un ramal de maravillosos conocimientos innecesarios que una vez seco pondría bien pronto a arder. Las ofertas de empleo eran infinitamente más difíciles de desentrañar, porque en ellas los números no se acompañaban a la realidad; en la aritmética de aquel sinsentido dos más dos nunca sumaban cuatro, sino un techo de edad por el que la mía gatearía completamente descarriada, babeando, haciéndose notar con balbuceos seniles.

Recuerdo haber apagado el televisor para oír mejor el carraspeo de la lluvia, haberme quitado los zapatos y apartado con los pies sobre la mesa, muy cuidadosamente, un vaso ya casi vacío de un whisky maltés. Estuve casi a punto de levantarme a por un libro de Pessoa. Dios, con qué nitidez recuerdo cada detalle de aquel 18 de marzo, con qué velocidad descendía un súbito contrapeso para romper el mecanismo de mi reloj biológico y detenerlo en aquella edad no menos súbita de mis cincuenta y cinco años, llegada tres meses atrás con vocación de durar en una penumbra amable. La

llovía entraba por mis oídos casi medicinal, agravando mi desidia. Recuerdo haberme quedado dormido.

Quizás todo hubiera sido distinto y yo no estaría aquí, ni esperando lo que ahora espero, si Lisa se hubiera quedado en su cuarto aquella tarde, preparando sus exámenes de cuarto curso de arquitectura, pero entró como una tromba en el salón diciendo que se iba de compras para despejarse de vigas riostras y de cálculos de ponderación geotécnica. Estaba preciosa con sus tejanos de marca ceñidos, su jersey rojo de cuello alto y aquel pelo rubio que ya andaba por los portafolios de una agencia de modelos. Cuando cesó su turbamulta léxica reparó en mis ojos alcachofados y se lamentó por haberme despertado. Acercándose me dijo en un susurro:

-Necesitas distraerte, oxigenar tus branquias de cetáceo malherido, enfren-tar-te con los crucigramas de la vida real.

Lisa era una maestra de la entonación cuando quería recalcar algo. Modulaba admirablemente los arpegios de su voz y amartillaba cada sílaba con la eficacia de un pastor protestante.

-La primera metáfora no está mal, pero la segunda es horrenda –determiné.

Sonrió, dijo que ya lo sabía, me besó y me invitó a merendar en la cafetería de la estación San Andreu Arenal a las ocho y media, o sea, una hora después. No era ninguna extrañeza aquella invitación vacía, falsa. Yo sabía lo que aquello significaba, y Lisa sabía que yo lo sabía.

La estación no quedaba muy lejos de la calle Sant Pere Mitjà, donde vivimos, así que me sacudí como pude aquella pereza cuaternaria, me adcenté lo justo, cogí el paraguas y entré en la cafetería tres cuartos de hora después, donde yo ya sabía que Lisa no aparecería. Me senté en un taburete giratorio ante la barra y pedí lo mismo que me había servido en casa una hora atrás, para no sucumbir a las mezclas. Abrí un paquete de cigarrillos y jugueteé con uno durante varios minutos, los que empleé en anestesiarse a los trapeceistas alocados que se desplazaban por mi cerebro en columpios gigantes, saltando con torpeza de uno a otro, cruzándose y descruzándose, solos o por parejas, manoteando en los intervalos de su vuelo, crepitando como bolas de fuego en sus saltos al vacío, en sus fracturas contra una realidad sin lona. Así eran mis pensamientos, tan intrépidos como fútiles. Cuando el último de ellos se apagó encendí el pitillo. Recuerdo haberlo fumado sin delectación, arrinconando a bocanadas el desquicio por aquella espera casi soportable de hora y media aproximada hasta regresar a casa y darles así a Lisa y a su amante el tiempo suficiente para abandonarla sin precipitación, con la posibilidad de un rápido aseo y hasta de un bocado frío en la cocina. Desplacé mi atención hacia la televisión. Pocas veces la había hallado tan

interesante, y es que un niño se había apropiado del mando a distancia y desde la mesa zapeaba con fruición en busca de dibujos animados. A sus papás no les importó, eran jóvenes y sólo sabían reírle las gracias. A veces se besaban. La cafetería estaba llena, siempre lo estaba y no era de extrañar, atestada de maletines y maletones, de lágrimas de ida y vuelta, de sorbos estruendosos contra las tazas de café apresurado, de golpeteos furiosos de cucharillas y palmadas contra las mesas pidiendo la cuenta o exigiendo rapidez al único camarero disponible. Mis oídos clasificaron entonces los ruidos en cuatro grupos principales y después los fueron eliminando hasta quedarse con el único que procuraba algún consuelo.

Era una cadencia rítmica e inteligente, hecha con impulsos de una exactitud algebraica, una cadencia con una numeración lógica y ponderada que podía uno ir siguiendo como los ritmos en un soneto de Rilke o en una partita de Bach, frecuencias tímbricas que se alternaban y convertían el pronóstico en suceso, la expectación en celebración, una coherencia interna tenazmente ordenada en posturas aparentemente desordenadas. Recuerdo haber apagado nervioso el cigarro, haber cerrado los ojos y pautado aquellos sonidos en ciclos contables, en esferas adyacentes donde iba agrupándolos como objetos de coleccionismo, de manera que sólo había que trazar vectores entre los grupos para así conocer con certeza la disposición interna de sus elementos y con la misma certeza anticipar el acontecimiento principal entre otros muchos secundarios, irrelevantes en el resultado. No sé cuanto tiempo permanecí hilvanando tejidos luminosos, en aquella fantasmagoría real de números comportándose como auténticos señores de la guerra salpicando de sangre sus planos, hasta que de pronto una voz me arrancó del hechizo.

-Me voy, Chano. A esta buena mujer ya sólo se le sacan las risotadas.

Se dirigía seguramente al camarero encargado, porque abrí los ojos y le vi sonreír por lo bajo mientras pasaba una bayeta a una vitrina llena de palmeras. Me giré de inmediato, con tanta brusquedad que a punto estuve de caer del taburete. Acababa de ser desterrado de un ensueño donde las leyes del vértigo suplantaban a las de la gravedad.

-¡No se vaya aún! –imploré al cliente, cogiendo mi vaso de whisky y poniéndome en pie. Me enfrenté a un hombrecito ruin, minúsculo, con todas las trazas de ser tan desafortunado por dentro como por fuera. Supongo que le impresionó mi brusco acento germano, mi duro perfil como arrancado de alguna moneda antigua, mi metro noventa y tres de acidez cáustica.

-¿Qué quiere de mí? –me preguntó intranquilo, arrojando una mirada nerviosa al encargado para ponerle en guardia.

-Que se fíe de mis presentimientos y eche una moneda más a la máquina



—casi le ordené—. No perderá, sé lo que le digo.

—Mire, sólo me quedan dos monedas de cincuenta céntimos, lo justo para coger el autobús. Comprenderá que no puedo arriesgarme con esta tarde de perros. —Lo dijo con un abatimiento donde se mezclaban las disculpas por su desobediencia y un fracaso en el que se resumía toda su vida recapitulada hasta ese momento, un momento tan insignificante para él, tan solemne para mí.

—Con lo que usted está a punto de ganar le aseguro que podrá volverse en taxi. Hágame caso —le rogué esta vez, mirándole a los ojos desde lo alto con aquella fingida emoción adquirida por filiación paterna. El encargado había abandonado su puesto y el hombrecito quizás se sintió repentinamente desprotegido. En mi énfasis había llegado a colocarme tan cerca de él que su aliento empañaba la parte inferior de mi vaso, cuyo escaso contenido yo volteaba como si fuera una honda, al modo de una amenaza velada. Si el hombrecito hubiera sido de mi estatura quizás me hubiera hecho una mueca socarrona y se habría largado, pero bajando los ojos se giró sumiso hacia la máquina, sacó del bolsillo una de las monedas y la sopesó un instante en la mano como si aquello le fuera a reportar algún tipo de suerte. Cuando la deslizó por la ranura un orgasmo de infinitas compresiones atenazó mi estomago y las bolas ardientes de un vómito rodaron garganta arriba. Lo contuve poniendo la mano contra la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas por el esfuerzo. Dejé el vaso sobre la barra sin apartar los ojos de la máquina. En el giro se me escapó algo de bilis por la comisura y lo limpié de inmediato con el dorso de la mano. Lo supe en ese momento, mientras volteaban los números y las frutas en aquellas tres hileras descodificando las barras, los barrotos de mi felicidad. Y lo supe ya para siempre.

Supe que estaba enfermo de amor.

La máquina no dio ningún premio, por supuesto. El hombrecito se desinfló de hombros, se quedó unos segundos pasmado ante los colores de las frutas y meneando la cabeza se marchó de la cafetería, sin atreverse a mirarme, quizás mucho más abatido por su credulidad ante las visiones de un extraño que por enfrentarse a una caminata en aquella aciaga tarde de lluvia. Me acerqué al escaparate de la cafetería y esperé a que se alejara. Le vi detenerse a cada paso, desorientado, mirando a izquierda y derecha, calculando el camino más corto a su casa o adonde fuera. Se levantó el minúsculo cuello de su chaqueta de paño raída, como si aquello le fuera a proteger algo de la lluvia. Luego se acercó a un contenedor, quizás en busca de un paraguas aunque estuviera roto. Empleó todo un minuto en aquella contradanza ridícula, todo un minuto en largarse y dejarme en paz, en desaparecer entre los coches y ahorrarme aquella quemazón casi inhumana,

aquel dolor de mil agujas clavadas en mi vientre de parturienta, lleno de una nueva vida. Regresé ante la máquina exhausto. Me temblaba horriblemente la mano cuando la metí en el bolsillo para sacar la única moneda que me quedaba. Cuando la deposité en la ranura recuerdo haber buscado con la mirada al hombre de la bayeta y pedirle que me fuera buscando una bolsa de plástico, porque aquella sí iba a ser la combinación acertada, no la del hombrecito mustio sin aliento ni para apagar unas velas de cumpleaños; por eso necesitaba que él realizara la jugada previa. Recuerdo haber seguido la rotación de las frutas como un dios la rotación de la tierra desde algún trono cósmico, haberse llenado de monedas la bandeja con un sonido de hidromiel vertido en una probeta de plata, y haber metido de pieza en pieza y no a puñados aquel botín en una bolsa que llevaba impresos en rojo los útiles de una ferretería. Sentí que era justo que el amor se recompensara de aquella forma, que las enfermedades triviales se curaran con aquella receta milagrosa destinada a agravar la cancerígena, a padecerla en un sangrado de por vida caminando por el filo de su curación siempre evitada.

Antes de marchar le pedí al encargado otra bolsa para reforzar el peso de la que ya llevaba y él aprovechó ese momento para sugerirme que no abandonara el juego; dijo ver en mí a un hombre de suerte, que arriesgara un par de jugadas más, que esas máquinas de funcionamiento tan alambicado como las mujeres (<<ya se lo ha oído al cliente que acaba de marcharse>>) estaban hechas para tipos decididos como yo. Había dejado la bayeta en alguna parte y ahora estaba fregando unos vasos. Aparentaba buen humor. Recuerdo haberle mirado con un desprecio infinito.

-¿A quién quiere usted engañar? –le espeté-. ¿Es que no le enseñaron matemáticas en el instituto? Las probabilidades son éstas: para ganar seis monedas he de jugar quince veces, y otras ocho para sacar dos monedas más. Dígame, ¿a quién quiere engañar? –Y volví a preguntarle, esa vez en tono desconfiado-. ¿Qué tipo de instrucciones ha recibido usted de los fabricantes?

-Discúlpeme, caballero –me dijo el tal Chano con voz gangosa, mirándome de refilón mientras secaba los vasos-. Sólo era una sugerencia sin mayor propósito.

-Dígame, ¿cuántos años lleva trabajando aquí? –le pregunté en un tono bien alejado de aceptar sus disculpas.

-Seis años, caballero –me respondió con falso desparpajo.

-¿Y la máquina? ¿Cuánto lleva aquí?

-Cuatro, caballero.

Recuerdo haberme levantado el cuello de la gabardina, haber sonreído con arrogancia, haber escupido las palabras como cuatro salivazos:

-Entonces es usted estúpido.

No esperé respuesta. Noté en sus ojos que no tenía valentía para intentarla ni inteligencia para acertarla.

Cuando salí a la calle me pregunté por dónde iría el hombrecito, bajo qué cornisas imantadas andaría aquel soldadito de plomo liviano, calándose hasta los bornes, recordando este día como otro cualquiera en una vida de rutinas adyacentes, de desayuno, comida y cena para un estómago doblado en cuatro como un mantel, como una cuartilla sin nadie que la manchara con algo parecido a un sentimiento, a una sensación. A partir de aquel momento sólo hubo un tipo de hombres que me inspirasen algo parecido a la compasión: los perdedores. Y yo ya no figuraba entre ellos.

Llegué a casa dos horas después. Posé la bolsa en la encimera de la cocina. Había restos de migas y de embutidos. Todo estaba en silencio. Me fui a la salita y saqué de un cajón una libreta amarilla. Estampé un 1 en su portada y en la primera página apunté “Barcelona, 18 de marzo de 2009”. La primera línea ya fue como el cincel que esculpió todas las demás: “Hoy abrí por segunda vez los ojos y descubrí por primera vez las cosas”. Desde entonces han pasado cuatro meses y llevo ocho libretas completas. Las tengo aquí conmigo fotocopiadas, porque ya no dispongo de las originales: se hallan unidas a uno de los sumarios judiciales más importantes y morbosos que seguramente se han instruido en España en los últimos años. Ahora son una *prueba de convicción*. ¡Qué bella y acertada expresión, sobre todo fuera de un sumario! Pero sólo yo puedo captar el verdadero sentido de todas esas palabras. Un juez podrá ponerlas en el platillo de cualquier balanza y no se moverá un ápice, aunque sí lo oxidarán. A veces los posos dejan la huella que los pesos no logran, de tan inútiles.

Aquella frase fue suficiente por el momento. Volví a dejar la libreta en el cajón y me fui hasta la habitación con un nudo en el estómago que trataba de clasificar, nuevo para mí, distinto al de la sala del preoperatorio, al de mis exámenes universitarios, al del juzgado esperando la retahíla interrogatoria del abogado de Marion, mi ex mujer. Era un nudo hecho no de material intangible, sino de cartílagos que se retorcían con cada pulso respiratorio, representando un dolor nuevo, un nuevo fraseo, rico y cromático, en la música exasperada de mis circulaciones interiores.

Antes de entrar me acerqué a la habitación de Lisa. Tenía la puerta entornada. La entreabrí y sentí en su respiración, como siempre, el contrapeso salvador en mi balanza incapaz de pesar cualquier otra verdad que no fuera aquel irregular batir de alas llegado de sus pulmones. Hasta ese día. Le cerré la puerta y entré en mi habitación. Recuerdo cómo me quemaba todo el interior, así que cerré la llave del radiador. Debía desalojar aquel marasmo de magmas, arrojar fuera los rescoldos y quedarme sólo con las llamas, sentir el valor de su domi-

nación en una noche donde el frío me era más necesario que nunca porque marcaba el inicio de un mundo hostil, la cronología inexacta de una voluntad condenada a perseguir cualesquiera otros apetitos y no alcanzarlos jamás.

Aquello me acompañó durante las horas que tardé en dormirme, pero el sueño fue una conquista endeble, una añagaza inerme frente a un desasosiego que a mitad de la noche me abrió de golpe los párpados y me lanzó de rodillas el suelo. Salí desnudo y a trompicones de la habitación y cuando llegué a la cocina ni siquiera pude buscar el interruptor de la luz; la que entraba por la ventana era suficiente, así que basculé sin miramientos la bolsa y me puse a contar las monedas como si fueran las cataratas de unos ojos y a partir de entonces debiera ver el mundo a través de ellas, lechoso, distorsionado. Conté ciento cuarenta y siete y de repente el nudo se deshizo. Las dejé allí, despararramadas, como un salpicón de vísceras sobre una mesa de disección quirúrgica, y me volví a la cama. Lisa me sintió pasar ante su habitación.

-Papá, ¿ocurre algo?

Buena pregunta. Por ocurrir había ocurrido todo, así que fui incapaz de contestar con otra cosa que no fuera un desliz confidencial.

-Nada, cielo, sólo que tu padre hoy... ¡se ha enamorado!

-Si no es muy largo pasa y me lo cuentas –condescendió con voz amodorrada.

Miré su reloj digital de mesilla. Las cuatro de la madrugada. Era muy buena hora, así que no me lo pensé. Entré en su habitación y me senté al borde de la cama. Durante media noche le hablé de mi amor. La otra mitad sirvió para que ella, por fin, me hablara del suyo. Nos sinceramos como dos bañistas fatigados en alta mar, sin otro tablón al que aferrarse más que un horizonte inteligente dosificando sus vértigos, su miedo a la soledad en la superficie, a la soledad del fondo. Al final nos trabamos de los ojos en silencio y poniendo atención sentimos el mudo diálogo de la misma sangre bañando con la misma altamar la misma playa. Allí estábamos sentados en la orilla, por fin salvados, descubriendo la amargura de los participios. Llorábamos sobre la arena recordando haber vivido algo muy parecido sentados en una cama, quizás en otra vida, una vida que en aquel momento celebrábamos aunque supiéramos que era la falsa, reflejada en las esquirilas ya irrompibles de un sueño roto por el tosco abrazo de un sueño mucho más fuerte.

Me levanté de su cama ya al amanecer y cuando puse la mano en el picaporte Lisa me preguntó:

-Papa, ¿qué harás a partir de ahora?

Yo nunca fui un hombre religioso, así que no dudé lo que debía responderle.

-Bautizarme, confirmarme, hacer penitencia, comulgar, casarme... Vivir de

acuerdo a esta nueva religión.

Lisa se pasó las dos manos por la cara y las dejó a la altura de las mejillas. Parecía la modelo gritona en el cuadro de Munch.

-Estarás muy solo, papá.

La emoción me puso las lágrimas al borde de los ojos cuando le contesté.

-Ellas también lo están.

-¿Quiénes?

-¿Quiénes van a ser, Lisa? ¿Quiénes van a ser? –la reprendí, desazonado ante su falta de perspicacia, y la voz casi me deflagró cuando le aclaré con un sollozo:- Ellas, las máquinas.

## 2

Parece buena persona el funcionario de prisiones Escosura. No me quita ojo, vela por mi salud y guarda mis apariencias más que las suyas. Me lleva las tres comidas del día y me procura revistas con las últimas publicaciones literarias, normalmente suplementos atrasados de diarios nacionales. También me vigila mientras me afeito. Tenemos el mal gusto de conocernos desde hace siete días, pero lo que menos se imagina es que yo he llegado aquí no tanto para cumplir una condena como para darle las gracias, pedirle una foto de familia y apuntando a uno de sus miembros rogarle que me hable de él, únicamente de él, allá hasta donde alcance su memoria. Quiero dejarle planteada así la incógnita por el momento. Más adelante entenderá a lo que me refiero y llorará con el descubrimiento.

Ayer, mientras me lavaba en el cuarto de aseo, le sorprendí leyendo una de mis libretas, la que actualmente me encartula y me rompe, una roja con el número 9 en la tapa. Las ocho restantes ya he dicho que las conservo fotocopias. Gentileza de la casa. En este tiempo he aprendido a amar a los jueces. Carecen de pudor cuando cogen con una mano el bisturí mientras abren con la otra el manual de instrucciones y se ponen a tallar tu corazón confundiendo con una cristalería de Murano. Cada juez es un artista, pero a la manera de los maestros armeros, de los pintores que mojan las cerdas de sus pinceles en ceniza para eternizar tu tristeza, unos artesanos del palíndromo: se les lee tan mal de adelante hacia atrás como de atrás hacia adelante. Esto último he de tacharlo, que no se me olvide.

El funcionario Escosura levantó los ojos de la lectura y me sorprendió sorprendiéndole a través de un pequeño espejo que tienen incrustado en la pared del aseo, protegido por un grueso plástico irrompible, como la ventanilla de un

avión. Se inquietó un instante e hizo amago de cerrar la libreta.

-No se preocupe. Es literatura mala... No le hará daño.

Escosura la abrió nuevamente.

-Es que aquí salgo yo –dijo bastante sorprendido.

-Mala suerte –le contesté mientras me aplicaba la espuma de afeitado. Le vi mirar el resto de las encuadernaciones en el interior de la caja, que sobresalía bajo el catre.

-¿Por qué *mala suerte*? –me preguntó inquieto, mirando al funcionario que vigilaba desde la puerta. Iba a contestarle, pero la muñeca derecha me empezó a doler terriblemente con el manejo de la maquinilla y un hilo de sangre asomó por la venda, corriendo por el antebrazo.

-¡Por favor, señor Mählmann! ¡Ponga cuidado! –exclamó Escosura dejando caer la libreta en la caja-. No hace ni cuatro días que le recompusieron los costurones de las muñecas. Ya mandaré a alguien para que le afeite.

Me di la vuelta y me enfrenté a él. En esta época de mi vida no tolero las imposiciones, salvo las que llegan de mi estómago enfermo. A Escosura le saco dos cabezas al menos, en estatura y seguramente también en inteligencia. Cuatro en total. Ahora eran las dos muñecas las que perdían sangre. Se escurrían por los dedos corazón y goteaban en el suelo. El funcionario de la puerta se puso alerta, descruzando los brazos y metiendo los pulgares por el cinturón. Escosura seguía con ojos muy atentos el recorrido de la sangre.

-Tiene una bayeta en el aseo. Limpie eso después –me dijo, y aquello ya sonaba mucho más que a orden a recomendación.

-He terminado mi afeitado, ya puede marcharse –le dije con hosquedad, pasándome la mano por una barbita sin rasurar, y aquello también sonaba mucho más a recomendación que a orden. El funcionario se levantó del catre, pero antes de irse alargó el brazo con la palma de la mano hacia arriba e impostó el tono condescendiente de un tendero ante un vulgar ladronzuelo:

-Devuélvame antes la maquinilla, y el cepillo de dientes.

No tenía bastante con vigilarme mientras me afeitaba, mientras cagaba, mientras usaba mi cepillo dental contra las caries y no contra la carótida, mientras soñaba con empotrar mi cabeza en las paredes acolchadas de esta celda apta para aquellos tan dueños de su propia vida como de la de los otros, no tenían bastante con vigilar desde la puerta al que vigilaba desde el catre, ni con vigilar desde el puesto de control de puertas al que vigilaba desde la puerta. Joder, mi única duda ya era quién los vigilaba a todos desde las puertas del paraíso. Me volví hacia el lavabo y cogí aquellos útiles propiedad del Estado. El funcionario me tendió una caja de plástico y los tiré dentro con la misma desgana con que él se fijó en la sangre que los cubría.

-Necesita usted curarse.

-No más que usted.

-Yo estoy perfectamente –me respondió altanero. Y agregé innecesariamente-: En el instituto aprobé con buena nota la asignatura de biología y desde niño tengo bastante claro para qué sirven las venas.

Sonreí con ternura. ¿Cuatro cabezas? ¿Sólo cuatro cabezas?

-Usted no sabe nada de ellas, nunca ha dialogado con ellas. No las ama hasta el punto..., hasta el punto de jugárselas.

-Jugármelas a qué.

-A la ruleta, por ejemplo.

-¿Es usted jugador?

-Ocasional –le contesté sonriendo mientras me ajustaba los vendajes.

-El juego no es perjudicial siempre que se sepa controlar. Ayuda a distraer.

-Vaya, ésos son razonamientos muy juiciosos –le dije socarrón-. La vida de uno sería muy distinta de haberle conocido a tiempo.

Volví a sonreír, frotando las yemas de los dedos corazón y pulgar para evitar que pingara más sangre. Al acendrado Escosura aquello le ponía nervioso, así que oculté mis manos tras la espalda. La inmensidad de mi afecto por el funcionario me obligaba a detalles como aquél.

-Vámonos ya, Antoni –le dijo el funcionario apostado en la puerta, de apellido Fabra-. Todo esto me está poniendo enfermo.

-Sólo un momento –pidió Escosura, sin dejar de mirarme-. ¿A qué se refiere con lo de jugarse las venas?

-¿De verdad quiere saberlo? –El funcionario asintió con nerviosismo-. Bien, saque de la caja la encuadernación con el número 7, váyase a la página 23 y lea a partir de la mitad.

Escosura entregó la caja con los útiles al funcionario Fabra e hizo lo que le dije, abrió por donde le dije y leyó lo que le dije hasta caerle la encuadernación al suelo.

-No se preocupe –le tranquilicé sin perder la sonrisa-. Yo la recojo.

-Está usted enfermo –diagnosticó con ojos desorbitados, meneando la cabeza, quizás conteniendo algún insulto, algunas arcadas.

-Sí, ya me lo dijo antes. Que necesitaba curarme.

Cuando Fabra y Escosura me dejaron solo me abalancé sobre la libreta roja, arranqué dos hojas en blanco y las rompí cuidadosamente en pedazos de similar tamaño. Los puse sobre una pequeña mesa que había pegada a la pared

y sentándome los numeré nervioso con el romo carboncillo que se me permitió tener tras convencer a los vigilantes de que en realidad era escritor. Mezclé boca abajo los sesenta y cuatro fragmentos, los coloqué luego en hileras y con los dedos aún llenos de sangre levanté seis de ellos, despacio, muy despacio, cuidando el recorrido de mi mano, como si llevara sobre su dorso una gota de agua que no debiera derramarse, guiada desde lejos por mi cerebro perfectamente equilibrado con su propia lágrima de sangre.

Al levantar el sexto trozo cerré los ojos para contener en ellos el oleaje del mar. Todos los números eran pares.

Recuerdo que al día siguiente viví una jornada frenética, memorable. Me sentía un hombre completamente nuevo, purgado de pecados sin confesarme, curado de todas mis enfermedades sin pasar por ningún ambulatorio, saciado de cualesquiera apetitos sin acudir a ningún programa terapéutico, de todos salvo uno nuevo, atroz, que ya me desgarraba las entrañas si es que la ansiedad tenía sus propias entrañas, su propio alimento, sus propias heces, su propio cáncer. Tenía por entonces los mismos cincuenta y cinco años de ahora; en cierta forma aún era joven, mis facultades mentales estaban intactas y las intelectuales vivían desde hacía algún tiempo un raro sobreestímulo. Empecé a cuidar mi imagen, a vestir con elegancia, engominé mi escaso pelo rubio y cambié la insulsa montura de las gafas por una de pasta roja muy *freak*. Dos días de juego fueron suficientes para ese primer paso. El primero lo dediqué a observar, el segundo a recaudar. Para entonces ya me había dado de baja en la oficina de empleo y cancelado una pequeña cuenta de ahorro que ya no necesitaba. Con parte de aquel dinero me hice la biopsia de estómago pendiente, que me tuvo todo el día ingresado en observación por una inesperada complicación hemorrágica. También busqué un pequeño apartamento cerca de nuestro piso de la calle Sant Pere Mitjà. Lisa estaba en edad de lograr su independencia material y familiar y yo contribuiría a procurarle tanto una como otra.

Un par de días después del alta la invité a comer a un restaurante japonés. Mientras hojeábamos la carta le dije que me encargaría de su renta. No protestó precisamente. Se levantó, me llevó los brazos al cuello y me dio las gracias, gracias por abandonarla sólo a medias, por no dejarla en mitad de una laguna sin afecto como había hecho Marion, su madre. Hablando de Marion, resolví no abonarle una sola mensualidad más de su pensión. Ahora la necesitaba mi niña, mi niña Lisa, porque estaba enamorada y a punto de ser traicionada, pero también porque los miserables arquitectos para los que trabajaba a media jornada le pagaban un sueldo de país andino. Mi niña Lisa, con su esbeltez de



nadadora sin agua, con su cerril voluntad de no dañar nada ni a nadie.

Lo siguiente que hice tras salir del restaurante fue dirigirme al despacho de mi abogado. Era experto en rupturas conyugales y pensiones familiares, empezando por la suya. Estaba atrabancado con su secretaria y bajo ese prisma convencional se me antojaba un hombre de experiencia. Le conocí en el mismo Juzgado, más en concreto en el único lugar de alivio y recreo que puede haber dentro de esa santa casa. Yo estaba dentro del excusado, a puerta cerrada, evacuando con gozo mis necesidades, no las fisiológicas, sino las esotéricas para este país de machitos: estaba llorando, y de felicidad, de una felicidad apremiante porque acababa de solicitar un abogado de oficio y aquél era el primer paso en tierra firme tras caminar sobre un mar de indecisiones. Eso ocurrió un año antes de conocer a las máquinas. Desde allí dentro le oí sincerarse con un colega de estrados, tanto en el plano estrictamente sexual con las habilidades de su secretaria como en el estrictamente profesional con unos alambiqueos verdaderamente llamativos para abonar una ínfima pensión a su mujer y a sus hijos. Abandoné el excusado completamente fascinado, me lavé las manos, salí a la calle y allí le esperé para después seguirle hasta su despacho. Estábamos en la Gran Vía de les Corts Catalanes 111 y tras unos minutos de plácido seguimiento le vi entrar en un portal de la calle de la Minería. En la fachada había tres placas, si bien sólo una de ellas anunciaba a un abogado: “Albert Prada Burgos. 2ºG, 1ª”. Esperé allí una media hora y luego subí sin cita previa. Aquello molestó visiblemente a la secretaria, a aquella virtuosa de las pulsaciones digitales, quien me dejó un buen rato en la sala de espera hasta conducirme finalmente a él, a su sátiro encorbatado y tan incomprendido en la cama de su mujer.

Estaba de espaldas, consultando de cara a su librería un ímprobo tomo. Cuando se volvió pareció sorprendido. Me escrutó durante unos segundos, me pidió que me sentara con una amabilidad excesiva y luego no me preguntó qué problema me traía a su despacho, sino qué hacía un hombretón como yo llorando en los baños del Juzgado. Nos entendimos a la perfección desde un principio, aun cuando no le hubiera abonado ni un céntimo hasta aquel primer día de mi nueva era, en el que aparecí con un pagaré de cuatro mil euros con vencimiento a sesenta días. Se lo puse encima de la mesa y miró de arriba abajo, con una curiosidad morbosa, mis nuevos aires de galán.

-¿Su suerte ha cambiado? –me preguntó con la seriedad enojada del acreedor largamente desatendido.

-Por fortuna para ambos.

Cogió el pagaré y lo examinó con incredulidad.

-Eso se lo diré dentro de sesenta días –sentenció.

-Para entonces mi suerte habrá mejorado mucho más que sus leyes.

-Eso no será muy difícil de lograr.

-He decidido no pagar a mi mujer una sola mensualidad más. ¿Qué le parece?

-¿Se le pregunta al ex marido o al abogado?

-A cualquiera de los dos. Ninguno me podría convencer ya de lo contrario. Mi hija me necesita mucho más.

-Ándese con cuidado, el Código Penal es muy estricto con ese tipo de conductas.

-No se preocupe, a partir de ahora me voy a parecer mucho a ustedes.

-Desde la última visita lo ha logrado –reconoció, reparando en el nudo de mi corbata, en el pelo, en la hechura del traje.

-Me refiero a la falta declarada de ingresos.

-Entonces hágase con un buen asesor fiscal.

-Ya había pensado en eso. ¿Conoce a alguno?

-Pues no, lo lamento.

Para ser abogado mentía mal aquel arrogante. Me hubiera gustado decirselo, pero no en un tono censor, sino de colaboración desinteresada, como una cuestión de pura agudeza psicológica. Pasaron varios segundos de miradas huidizas, de garabateos a lápiz en un papel con su membrete. Miró de nuevo el pagaré y torció el gesto. Los dos notábamos que aquella visita estaba agotada.

-¿Puedo invitarle a un café? –le dije de repente.

-Lo lamento, tengo mucho trabajo –contestó de inmediato, a la defensiva. Aquello sonaba a una nueva mentira, pero yo ya la esperaba.

-Me hago cargo, no se preocupe. Yo, sin embargo, sí iré a tomarlo. ¿Dónde suele ir usted?

-En la calle paralela a ésta. Restaurante *Bica Bica*, haciendo esquina con el Paseo de Sant Joan. Tienen muy buen café.

-No me gusta el café –le contesté con acritud.

Hablar de cafés era estúpido, como también lo sería hablar de la decoración del local, o de su cabida, o de su emplazamiento; ello suponía desplazar hasta la anulación la importancia que a cualquiera de aquellos cubiles podía asignarse, que era una sola, metálica, bien definida. Me froté las manos, se me desacompañó la respiración, sentí las primeras vibraciones de la perforadora en el estómago. El abogado me preguntó si me pasaba algo, pero ese *algo* ya estaba en mí desorbitado, correoso, inclasificable, como un elemento impostor en la tabla de Mendeleiev. Ya no me era posible contestar siquiera con un monosílabo de mínima racionalidad. Era el momento de marchar para salir de allí con dignidad, si quería dejar en el abogado la sensación de una visita aparentemente normal, pero me fue imposible hacer el mínimo movimiento. Necesitaba saber, saber imperiosamente, como los atenienses en la antigüedad, como las

aves rapaces la localización de los vertederos, por una cuestión de subsistencia vital, de persistencia en la realidad. Repentinamente la quemazón fue tal que de haberme levantado me habría defecado en los pantalones. Me quité las gafas y simulé la necesidad de una limpieza, todo por no mirar directamente a los ojos del abogado, porque la pregunta estaba ahí, enrollada completamente por un hilo de cobre como conductor de toda la electricidad que se esperaba de la respuesta. Saqué el pañuelo y frotando con calma los cristales la lancé.

-¿Y tienen máquina en ese local?

-¿Qué tipo de máquina? ¿De tabaco, tragaperras?

En aquel momento sentí un desprecio inmenso por el picapleitos. Inspiré hondo y le puntalicé:

-Esas últimas, las *recreativas*.

-Sí, hay una –contestó extrañado-. En la entrada.

Dejé pasar unos segundos; seguía con la meticulosa limpieza de las lentes y de repente aquella levísima frotación era lo único que se oía. Reuní todo el valor que se requería para hacer la pregunta decisiva, apreté los esfínteres hasta marcar las venas de la frente para detener un instante el mecanismo de la perforadora y entonces pude preguntar con el último hilo de voz:

-Y dígame, ¿está muy sola?

La torpeza de aquel materialista insensible le impidió calibrar la mezquindad establecida en el desparpajo con que me contestó:

-¿Sola? Pues no sé, está junto a la cristalera, y las mesas al otro lado de la barra. Sí, está aislada, y con la barriga llena de monedas normalmente. ¿A qué coño viene esa pregunta? –preguntó separando los brazos del cuerpo.

En ese momento me puse las gafas y me levanté, conteniéndome para no saltar sobre su mesa y quebrar su cuello de gallito con una sola mano. Me temblaba cuando se la di, y tembló la suya cuando la retiró dolorida. Le dije en voz muy baja que no se preocupara por el pagaré, que le sería cargado a su vencimiento, y me marché. Cuando pulsé el botón del piso B en el ascensor me saltaron las lágrimas, y ya en el portal me acuclillé en el hueco de la escalera para vomitar algo de bilis. Por entonces aún seguía esperando el informe de mi primera biopsia, pero sin miedo, sin necesidad de aumentar velas artificiales en ninguna capillita de ninguna iglesia. Los resultados no estarían en las manos de Dios mientras Dios siguiera enredado en los resultados negativos de mi balance existencial, así que no le permitiría convertirse en mal juez si antes no superaba el oficio de mal contable. Me limpié la boca con el pañuelo y una vez fuera no sentí que el frío despejara mi cabeza cuando emprendí a trompicones la búsqueda de aquel restaurante cuyo nombre ya no recordaba.

Si tan sólo fuera un personaje de La Ilíada y no un ludópata diría que los tres meses siguientes fueron un sueño inducido por los dioses. Siegfried Georg en el país de las maravillas, el adulto regresando a su vida de niño y diciendo al oído de su papá en mitad de una venta ambulante: a ti te debo lo que seré dentro de cuarenta y cinco años, de alguna manera a ti te lo debo, y cuando lo descubra te lo diré. Sí, recuerdo particularmente esos tres meses porque fueron mi último remanso, el preludio a la noche oscura del alma, el punto final a aquel milagroso ciclo menstrual que convertía en sangre hasta el agua del inodoro. Si el Jesús de los católicos hubiera estado más atento hubiera incluido en su sermón de la montaña una última bienaventuranza para los que arriesgan en el juego, porque de ellos será el fuego del infierno, y la ceniza de ese fuego, y el frío de esa ceniza. Pero entonces no podía imaginar lo que vendría detrás de aquellos falsos meses, con aquella ceniza en forma de cruz sobre mi frente condenándome a una rutina crematoria, a un desvelo de llamas.

Empleé los dos primeros para dominar los entresijos de todas las máquinas de la ciudad, al menos las de los locales más concurridos. Me sentía como esos curanderos que te miran a los ojos y se enamoran de tus enfermedades, declarando cómo son y dónde están. En cierto modo mi táctica era la misma: me sentaba cerca de ellas, pedía cualquier bebida alcohólica, ajustaba a mis oídos un estetoscopio imaginario y las diagnosticaba por sus rumiaciones, por la efervescencia de sus jugos gástricos, por el chorro de sus voces en los premios menores y su energía coral en los mayores. Me pasé aquellos dos primeros meses tomando un taxi cada treinta o cuarenta minutos en un circuito de noventa y ocho máquinas haciendo sus aguas mayores y menores mientras iba trasladando a una libreta sus diagnósticos. Yo le di a cada una de ellas su importancia, el historial clínico de su salud de hierro, donde quedaban registradas la hora exacta de sus evacuaciones, su color, su textura, su volumen. Al final de los primeros cuarenta y cinco días ya podía jactarme de tener mis deberes hechos; conocía sus entresijos como pueden conocerse los de una sinfonía con sólo abrir su partitura y seguir atentamente cada nota hasta el final. Sin embargo, quedaban algunos perfiles por perfeccionar, aún había disonancias que me alejaban de la secuencia ganadora completa, y a aquel ajuste digestivo destiné los difíciles quince días siguientes, un tiempo gris y espeso en mitad de dos ofensas mitológicas fundidas en una sola: el asceta enconado por el hambre sin poder probar el alimento, girando y girando atado a aquellas ruedas de números y frutas.

Tántalo e Ixión embridados por sus impotencias.